



Catedral Primada de América

Viernes Santo 2024

Sermón de las 7 Palabras

CUARTA PALABRA

"Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" (Mt 27, 46).

Nos dice el evangelio que cerca de la hora de nona, o sea, cerca de las tres de la tarde, nuestro Señor Jesucristo pronunció la cuarta palabra desde lo alto de la cruz. Las cuatro últimas palabras las pronunció en pocos instantes, en contados minutos, muy cerca ya de las tres, a punto de morir.

Pero antes de ser crucificado recordemos que fue apresado a eso de la media noche del jueves, lo mantuvieron despierto durante toda la noche sin haber comido nada desde la cena del jueves, sometido a falsos juicios, bofetadas e insultos, y así permaneció todo el resto del día hasta su crucifixión.

Antes de ser crucificado fue flagelado, el cual era un preliminar legal para toda ejecución Romana. A la víctima le desnudaban la parte superior del cuerpo, lo sujetaban a un pilar poco elevado, con la espalda encorvada, de modo que al descargar sobre esta los golpes, y fue golpeado, sin compasión, sin misericordia alguna.

El azote tenía varias cuerdas o correas de cuero, a las cuales se ataban pequeñas bolas de hierro o trocitos de huesos de ovejas a varios intervalos. Cuando los soldados azotaban repetidamente y con todas sus fuerzas las espaldas de su víctima, las bolas de hierro causaban profundas contusiones y hematomas, desgarrando la piel.

1 Después de azotarlo, los soldados solían burlarse de sus víctimas. A Jesús, le fue colocada sobre su cabeza, como emblema irónico de su realeza una corona de espinas.

A Jesús se le obligó, como era la costumbre, a cargar la cruz; desde el poste de donde fue azotado al lugar de la crucifixión. Con agotamiento extremo y debilitado, tuvo que caminar un poco más de medio kilómetro para llegar al lugar del suplicio.

Fue Crucificado con agudos clavos que penetraron su frágil cuerpo, desgarrado ante aquel brutal castigo al cual fue sometido desde la madrugada del viernes, llegando a ser expuesto crucificado, medio desnudo ante el terrible sol del mediodía.

Para poder respirar y ganar aire Jesús tenía que apoyarse en sus pies clavados, tratar de flexionar sus brazos clavados y después dejarse desplomar para que la exhalación se produjera. Pero al dejarse desplomar le producía igualmente una serie de dolores en todo su cuerpo.



Cuando crucificaron a Jesús, densas tinieblas que se iban haciendo por momentos más espesas envolvieron la cumbre del Calvario, diríase que el sol que se ocultaba horrorizado para no presenciar este espantoso crimen. Y Jesucristo Nuestro Señor, cerca ya de la hora de nona, lanzó este grito desgarrador: «¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?». Expresión que señala el momento culminante del martirio de Nuestro Señor en la cruz y que señala también que nos amó hasta el extremo, ante el dolor humano de alma y de cuerpo.

Cuantas veces sucumbimos ante las cosas que nos pasan, en nuestro calvario de cada día, sentimos como Jesús, que el cielo se nos ha cerrado y que el Padre nos ha abandonado a nuestra suerte, desesperados gritamos «Dios mío. Dios mío, por qué me has abandonado».

O mejor aún «¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?»:

- Ante los políticos corruptos que solo se enriquecen con los bienes del pueblo y cada cuatro años nos venden esperanzas de cambios; los cuales se quedan en promesas.
- «¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?»:
- Ante la indiferencia de nuestras autoridades, ante el deterioro de la salud mental y ver como se hacen de la vista gorda y sentencian de manera injusta a nuestros hermanos a la indigencia, la indiferencia y en ocasiones hasta la muerte.
- «¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?»:
- Ante la tristeza de un padre o una madre desempleada y con hijos que no tiene cuñas para conseguir trabajo y se sienten como Jesús, abandonado en el calvario, viendo como se le pasan los días acumulando deudas, sin saber en qué terminará su suplicio.
- «¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?»:
- Ante nuestro sistema excluyente de salud el cual hace que los más pobres se les haga imposible, tener acceso a servicios adecuados de salud, medicamentos, también la medicina de alto costo, tratamientos ante enfermedades comunes y terminales.
- «¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?»:
- Ante el costo abusivo de la canasta familiar haciendo que la masa pobre tenga que hacer malabares para salir a flote mes tras mes.
- «¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?»:
- Ante la globalización de la indiferencia que nuestro papa Francisco nos denuncia como el peor mal de la humanidad hoy en día: donde nosotros mismos nos hemos convertido en mirones en el calvario los cuales nos da lo mismo los sufrimientos de nuestros hermanos más cercanos.
- «¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?»:



- Grita nuestra sociedad ante la violencia y ola de delincuencia que nos arropa: ¿a cuántos de los aquí presentes o nos siguen mediante los medios de comunicación, no lo han atracado, o a cuántos que conocemos?
- «¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?»:
- Ante el maltrato del esposo hacia la esposa, de la madre y el padre a sus hijos e hijas, descuidándoles de atenciones básicas, como la educación, la nutrición y el afecto; porque has abandonado a la mujer sufriente que ve a su esposo serle infiel y derrochar lo poco que tiene en borracheras interminables y luego la golpea inmisericordemente delante de sus hijos, los cuales ante el ejemplo en el hogar se convierten en delincuentes que castigan a las personas que día a día salen a ganarse el pan honradamente.
- «¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?»:
- Sentimos nosotros que tratamos de llevar una vida apegada al evangelio y por más que nos esforcemos todo nos sale al revés, ¿de qué vale ser cristiano si a otros todo les sale bien?, así pensamos y así nos sentimos ante las contrariedades del día a día. Estamos como Jesús vencidos, ahogados, ¿Por qué nos abandonas en la duda, en el miedo, en la impotencia?, ¿Por qué te callas, Dios, por qué te callas delante de la injusticia... Sin saber, que como la lectura del día de hoy tomada del libro de Isaías (49,1-6): Mientras yo pensaba: «En vano me he cansado, en viento y en nada he gastado mis fuerzas», en realidad mi derecho lo llevaba el Señor, mi salario lo tenía mi Dios.

Oración: Señor y Dios mío, que por mi amor agonizaste en la Cruz y tormento tras tormento, además de tantos dolores en el cuerpo, sufriste con invencible paciencia la más profunda aflicción interior, el abandono de tu eterno Padre; ten piedad de todos los hombres que están agonizando, día tras día y por los méritos de tu preciosísima sangre, concédeme que sufra con paciencia todos los sufrimientos, soledades y contradicciones de una vida en tu servicio, entre mis hermanos de todo el mundo, para que siempre unido a Ti en mi combate hasta el fin, comparta contigo lo más cerca de Ti tu triunfo eterno. Amén

Sor Trinidad Ayala: Cuarta Palabra: Congregación Hermanas
Mercedarias de la Caridad, Coordinadora de la Pastoral de la Salud de la
Arquidiócesis de Santo Domingo